


IRINA HAUSER



LOS
Supremos

HISTORIA SECRETA DE
LA CORTE

Espejo de la Argentina  Planeta

IRINA HAUSER

LOS SUPREMOS

Historia secreta de la Corte
2003-2016

Colaboraron con la investigación:

MILTON MERLO, LUCIANA BERTOIA,
LUCIANA ROSENDE Y PABLO MÉNDEZ SHIFF

Espejo de la Argentina  Planeta

Prólogo

«¡Alto ahí!» El grito de película tronó a mis espaldas. Me di vuelta pensando que era para otro, pero era para mí. Con la torpeza de quien entra por primera vez al Palacio de Justicia, un verdadero laberinto (y no es metáfora kafkiana), no advertí que estaba a punto de tomarme un ascensor que tenía un inmenso cartel al costado que decía: «Uso exclusivo señores ministros de la Corte Suprema». Solo había leído «Corte Suprema», que era adonde yo me dirigía con mi libreta de periodista, hecha un manojito de nervios. Por suerte ese día de 1999 tenía una cita convenida de antemano, facilitada por un generoso colega. Quedé impresionada con la inmensidad del despacho que me recibió, su olor a madera añeja, una pared colmada de libros pesados, arañas en el techo, muebles recién lustrados y el vaso de whisky de mi interlocutor.

Después de esa primera vez venía lo más difícil. Eran tiempos de la «mayoría automática» menemista y me tocaba cubrir las noticias de la Corte en *Página/12*, el diario donde trabajaba desde entonces. Fueron meses, o años, de golpear puertas, llamar por teléfono, hablar con ordenanzas, rastrear secretarios y charlotear con policías del cuarto piso de Tribunales,

donde están los cortesanos. Llegué a pasar tres horas sentada en un banco rígido en la puerta de la oficina de un juez, en uno de los pasillos más fríos y oscuros, para verlo salir por fin con otro periodista de uno de los grandes diarios de la competencia, sin dirigirme la mirada.

En mi plan de hacerme notar y algún día conseguir más fuentes de información, traté de desdramatizar la dificultad y jugar con la escritura. A los jueces de la Corte los empecé a llamar «Los Supremos». Para muchos de mis colegas era una osadía. Compartían un temor reverencial. Me veían entrar a la sala de periodistas de Tribunales y exclamaban en chiste: «¡Los Supremos!» Con los años, algunos empezaron a usar el mismo mote.

En el archivo de mis recuerdos, la imagen del ex juez Julio Nazareno, a mediados de 2003, con un habano en la mano y su amenaza frente a los medios de firmar un fallo que obligaría a devolver en dólares los depósitos del corralito bancario, me hizo entender el poder inconmensurable que tiene la Corte, dueña de la última palabra en todo. Podía causar un desastre económico, hundir al país otra vez, cuando recién intentaba levantarse de la crisis de 2001. A los supremos no les importaba nada. Solo su poder y el de sus socios políticos y económicos. Néstor Kirchner se encontró con un problema que no esperaba y lo encaró de manera audaz, con un mensaje por cadena nacional que invitaba a los jueces de la Corte a irse y/o al Congreso a sacarlos por un juicio político.

La refundación de la Corte Suprema fue un momento glorioso para quienes pudimos seguir su devenir desde cerca. Antes competíamos por la primicia de un fallo. Ahora los fallos estaban a disposición. Había audiencias abiertas. Se creó una agencia de noticias manejada por el tribunal, un servicio útil pero sesgado. El desafío era doble: tener una lectura propia y

redefinir nuestra producción periodística. Los nuevos jueces, contra la tradición, hablaban públicamente. Eran personajes en sí mismos: Raúl Zaffaroni, Carmen Argibay, Elena Highton de Nolasco, Ricardo Lorenzetti. Los viejos sobrevivientes pujaban por protagonismo: Enrique Petracchi, Carlos Fayt, Juan Carlos Maqueda.

Entre 2004 y 2008, la nueva Corte se entregó a la reconstrucción de su autoridad. Estableció una agenda para recauchutar la involución provocada por su antecesora en la doctrina sobre libertades, derechos y garantías. Se ocupó de los derechos sociales, laborales, de salud, vivienda, de los jubilados, de los consumidores, de los presos, del ambiente, de la libertad de expresión, de los derechos de las mujeres y habilitó el camino a los juicios de lesa humanidad al declarar inconstitucionales las leyes de Punto Final y Obediencia Debida y los indultos, entre otras cosas. Fue una etapa prolífica, atrevida y progresista de la Corte en la que, en paralelo, desarrolló un rasgo perturbador para el Gobierno: se metía en los vacíos estatales y exigía cambios legislativos.

Un segundo período consolidó la supremacía de Lorenzetti, presidente re-re-re-reelecto del tribunal. Nadie lo conocía cuando llegó, pero hizo un trabajo de hormiga para convertirse en referente de la comunidad de jueces, aglutinarlos y hacerlos sentir parte de una gran familia unida. Organizó conferencias, charlas, comisiones como refuerzo e impulsó fallos que impidieron un intento sin precedentes de democratizar el sistema judicial. Desarrolló una relación particular con los jueces federales porteños, que investigan al poder político y económico, casos de narcotráfico y derechos humanos. Los instó cerca del final del gobierno de Cristina Fernández de Kirchner a perseguir la corrupción y el crimen organizado, con una mezcla de espíritu de época y consigna papal.

La Corte nunca renunció a sus privilegios, como la excepción de pagar impuesto a las ganancias y no publicar las declaraciones juradas de bienes de sus miembros. Centraliza el manejo del dinero del Poder Judicial, una potente herramienta de premios y castigos a los jueces.

Lorenzetti mostró destreza de equilibrista, con respaldo de sus pares. La usó en sus discursos, para dejar contento a todo el que lo escuchara, y para resolver grandes causas como la validez de la Ley de Servicios de Comunicación Audiovisual, que logró dilatar cuatro años, lo suficiente como para que Clarín eludiera la obligación de desinvertir mientras apostaba a un cambio de gobernantes. Fue una forma de cimentar la sociedad entre el Poder Judicial y los grandes medios.

El constitucionalista Gustavo Arballo hizo un trabajo estadístico en el que analizó desde 1984 hasta 2013 el comportamiento de la Corte en los fallos sobre casos «políticamente perfilados» respecto del Poder Ejecutivo. Allí se ve que nunca ninguna Corte firmó tantas sentencias en contra de un gobierno como el de Cristina. En ese caso resolvió solo 43,75 por ciento de casos a favor; en el de Néstor habían sido más, 62,50 por ciento. El gobierno de Raúl Alfonsín tuvo 85,71 fallos favorables; Carlos Menem llegó al 100 por ciento en sus comienzos.

La tendencia va hacia una meta que Lorenzetti explica en sus discursos: que el Poder Judicial no sea un «tercer» poder sino un contrapeso de los otros, que los trascienda en el tiempo. Si termina un gobierno, que no caiga la Corte. Es la pintura de un verdadero poder vitalicio, del que Fayt fue ícono: siguió sin jubilarse hasta los 97 años. En cuanto a Lorenzetti, algunos de sus compañeros llegaron a estar convencidos de que su máxima apuesta era la presidencia de la Nación.

Pese a confrontar, la Corte nunca puso en riesgo la gobernabilidad. Con astucia, durante una década se guardó

como as en la manga los expedientes donde las provincias reclamaban millones de pesos de coparticipación. A instancias de Maqueda —con el corazón en su Córdoba, una de las demandantes— el tribunal resolvió ordenar la devolución de esa fortuna unos días antes de que asumiera Mauricio Macri. Bastaron su voto, el de Lorenzetti y el de Fayt, quien estaba a punto de irse. Highton jamás hubiera firmado nada que pudiera desfinanciar al Estado.

Fue un legado maldito para el gobierno de Cambiemos. La Corte le marcó la cancha. Macri devolvió las gentilezas nombrando dos jueces en comisión, por decreto, Horacio Rosatti y Carlos Rosenkrantz. Su llegada impactó en la relación de fuerzas internas de lo poco que quedaba en pie de la Corte y comenzó a sacudir la hegemonía de Lorenzetti.

De tanto andar por el Palacio, siempre hay alguien que me dice doctora esto, doctora lo otro. Me da risa, porque no soy abogada, ni me visto con trajecitos. Todavía recuerdo el impacto que me causó, en mis comienzos, que me sirvieran unos canapés con caviar y champán en un cóctel supremo de fin de año. Y enterarme de que se usaba el ritual medieval del besamanos, suprimido después de 2006. Ahora no podría quedarme tres horas esperando en ningún recoveco de la Corte, porque hay cámaras de seguridad por todos lados, que monitorea el administrador general Héctor Marchi, mano derecha de Lorenzetti, e infunden un estado de paranoia generalizado.

¡Ah! Si necesitan tomar el ascensor, no lo hagan en el hall principal porque se van a topar con el mismo cartel de hace diecisiete años, que ni siquiera se enteró de que entraron mujeres a la Corte: todavía lo reserva a los «señores ministros».

I. H., octubre de 2016

Presidentes

La última vez que Cristina Fernández de Kirchner y Ricardo Lorenzetti hablaron cara a cara fue cuando faltaba poco para las elecciones presidenciales de 2015. Ni en los momentos de mayor enfrentamiento entre el Gobierno y la Corte Suprema dejaron de verse. Siempre en la Quinta de Olivos, cuando caía la noche, al final de la jornada laboral. A veces ella lo hacía esperar, porque tenía que volver desde la Casa Rosada. Era algo odioso para el presidente del más alto tribunal: quedarse sentado en una sala, suspendido en un tiempo muerto, aguardando a una de las pocas personas con más poder que él. Con los años, lo que parecía un vínculo afín y en sintonía, casi cómplice, había mutado a diálogos llenos de comentarios ácidos y sarcasmo, pero sin dobleces.

—No está mal si querés ser presidente de la Nación, Ricardo, pero vas a tener que renunciar a la Corte —lo chuceó ella en uno de los encuentros.

Lo desnudaba de prepo. Estaba furiosa con ciertos fallos que se inmiscuían en medidas de gobierno y con los discursos ampulosos con los que el juez solía inaugurar el año judicial, casi siempre estratégicamente después del mensaje

presidencial de la apertura de sesiones en el Congreso de todos los 1° de marzo. «¿Para qué espera hasta marzo si la actividad judicial empieza en febrero?», despotricaba la ex presidenta mientras tomaba café con su secretario legal y técnico, Carlos Zaninni.

Las primeras dos veces que Cristina le dijo a Lorenzetti que advertía sus aspiraciones él contestó sonriente: «Son pavadas que se comentan». La tercera ya no dijo nada. Aquella última vez que se vieron hablaron del escenario electoral y el supremo se refirió a los candidatos en pugna, Mauricio Macri y Daniel Scioli, con marcado desprecio:

—Gane quien gane, a partir del 10 de diciembre va a haber tres presidentes. Uno del Poder Ejecutivo, otro del Legislativo y el del Poder Judicial —mostró las garras Lorenzetti.

Ella se hizo la distraída:

—¡Claro! —exclamó—. Es que no hay nadie con un liderazgo como el de Néstor y el mío.

—Por supuesto —respondió el juez quien, era ostensible, no hablaba de liderazgos pasados ni de su interlocutora, sino de sus ansias de gobernar ante previsibles escenarios de fragilidad institucional.

Para esa época, Lorenzetti y Elena Highton de Nolasco eran los únicos dos jueces de la Corte conformada en los inicios del gobierno de Néstor Kirchner que seguían en funciones. Un tercero, Juan Carlos Maqueda, designado antes por Eduardo Duhalde en su presidencia provisoria, completaba esa Corte mínima, casi incapaz de tomar decisiones. Carlos Fayt, tras un escándalo público debido a que continuaba en el cargo a los 97 años, había presentado su renuncia para irse con el cambio de gobierno. Carmen Argibay había fallecido, igual que Enrique Petracchi, quien llevaba treinta años de juez supremo. Raúl Zaffaroni se jubiló.

Poco y nada quedaba entonces de aquella Corte de oro impulsada por Kirchner. Que fue elogiada por su alta calidad e independencia, que buceó e hizo escuela en la ampliación de derechos y en el arraigo de las garantías individuales, además de abrir camino al juzgamiento de los crímenes de lesa humanidad después de años de cerrojo judicial producto de las leyes de Punto Final y Obediencia Debida. Queda la letra de fallos ejemplares. Permanecen estructuras de vanguardia como la Oficina de la Mujer y la de Violencia Doméstica.

Pero a aquella Corte célebre se le fue incrustando la fuerza de los poderes corporativos reales, económicos, financieros, religiosos, políticos y también de la propia corporación judicial. Fue una influencia que desató virajes en sus resoluciones y que la embarcó en decisiones autorreferenciales, desafiantes, pensadas para acentuar su «contrapoder». Un poder capaz hasta de corroer proyectos y liderazgos políticos que podrían resultar inconvenientes o poco funcionales al Poder Judicial.

A fines de 2015, el máximo de los tribunales llevaba una larga temporada de enfrentamiento con el Poder Ejecutivo y estaba desintegrado. Era una situación muy distinta a la que hubiera imaginado y deseado el ex presidente Kirchner, ya fallecido. Cuando se topó con la oportunidad inesperada de nombrar a cuatro ministros de la Corte, se planteó como premisa que los candidatos debían ser personas a quienes ni él ni su esposa conocieran, que tuvieran una carrera académica y/o judicial solvente y reconocida, valores democráticos y de defensa de los derechos humanos. Quería una Corte modelo.

Lorenzetti, un santafesino oriundo de Rafaela, era un desconocido en el mundo judicial porteño, aunque en su provincia gozaba de cierto reconocimiento. El ex senador por Santa Cruz, Nicolás Fernández, le tenía admiración, había ido

a algunas charlas suyas sobre contratos y mediambiente, y con el tiempo se hicieron amigos o aliados. Cuando se veía venir el rearmado del tablero judicial, a Fernández le pareció buena idea presentárselo a Cristina, por entonces también senadora del Frente para la Victoria.

En esa época, Lorenzetti andaba con un maletín de cue-rina raído y todavía usaba bigote. Más adelante, cuando ya llevaba un tiempo en la Corte, se afeitó por sugerencia de su asesora de imagen y comunicación, la periodista María Bourdin. Igual que Macri, se sacó el bigote para parecer más joven.

Lo que cautivó a la ex senadora Fernández de Kirchner fue la oratoria de Lorenzetti, y le ofreció dar una charla en el Senado. Él le llevó de regalo uno de sus libros, *Las normas fundamentales del derecho privado*. La dedicatoria delató que ni siquiera se había tomado el trabajo de ver bien cómo se escribía el apellido, que también era el del entonces presidente. «Para la senadora Cristina Kischner en homenaje a su integridad moral y sus valores», escribió en lugar de «Kirchner».

Esa costumbre de regalar los libros de autoría propia es uno de los rasgos que unen a Lorenzetti, el menor en edad de todos los supremos, y a Fayt, que fue el mayor y batió récord de permanencia. Quizás en Fayt haya sido una práctica más exagerada. Siempre regalaba libros al recibir en su despacho a periodistas, políticos y académicos: *La omnipotencia de la prensa*, *Los derechos humanos* y *el poder mediático, político y económico*, *Cuando seas abogado* o *El socialismo* estaban primeros en el ranking. El afán de perdurar en un cargo, que en Lorenzetti se refleja en sus casi diez años como presidente supremo, es otra de las características comunes. Sin embargo, fue el mismo Lorenzetti quien se ocupó de crear las condiciones como para que Fayt dejara la Corte antes de que apareciera

en el libro Guinness de los récords festejando su siglo de vida con la toga puesta.

Una vez que Fayt presentó la renuncia, Lorenzetti empezó a apurarlo para que sacara todas sus cosas del despacho. Su biblioteca, sus fotos, su decorado. Quería mudarse ahí. Con la falsa excusa de que era un lugar más espacioso que el suyo. Todos los despachos de los jueces de la Corte son inmensos y tienen varios ambientes. Como si fueran grandes departamentos, de ochenta, cien, ciento cincuenta metros cuadrados, o más. Mudarse a la oficina de Fayt tenía para Lorenzetti un valor simbólico; era como atender desde un museo sofisticado, el lugar que habitó el juez que alguna vez fue socialista y atravesó todos los gobiernos desde la recuperación democrática. El que ejerció el arte de trascender, como también él quisiera, aunque lo que más quisiera es doblar la apuesta.